



Fraternalità Laici Cavanis  
Casa Sagrado Corazón, INSTITUTO CAVANIS  
Via Col Draga – POSSAGNO (TV)

# MONASTERIO INVISIBLE

05.2023

¡Queridos amigos!

Está en mis manos el texto que utilizaremos para renovar los invisibles vínculos de comunión que nos unen a la amada Congregación de las Escuelas de Caridad, dejándome guiar por las sugerencias que me vienen del hermoso relato lucano de los discípulos de Emaús. El relato evangélico se encuentra en el centro del cap. 24 del evangelio de Lucas, insertado entre otros dos relatos pascuales: el de las mujeres en el sepulcro (vv. 1-12) y el de la aparición del Resucitado a los Once (vv. 36-53). En efecto, en este relato, más que cualquier otro, Lucas trató de responder a la pregunta fundamental que se planteaba la primitiva comunidad cristiana: ¿cómo y dónde encontrar a Jesús resucitado, ¿cómo y dónde reconocerlo? Para entrar un poco en la lógica de la narración puede ser útil detenerse en los dos relatos que ocupan el tiempo del camino: el hecho por los discípulos y el hecho por Jesús.

En el primer relato (vv. 19-24), los dos discípulos recorren el itinerario de



P. Antonio e P. Marco Cavanis

**SETTI  
MANA  
CAVA  
NIS**

25.04 - 02.05 | 2023

*Perché i giovani  
abbiano vita...!*

Jesús de Nazaret, tal como lo vivieron y experimentaron: la esperanza encendida en ellos por este «profeta poderoso en obras y palabras»; la decepción por su condena y su fin ignominioso; tal situación dejó el vacío de los tres días transcurridos desde su muerte sin que nada haya sucedido todavía. Como un apéndice, se menciona luego el testimonio desconcertante de algunas mujeres que, yendo al sepulcro la mañana de ese mismo día, no encontraron el cuerpo de Jesús, pero en compensación recibieron la seguridad de algunos ángeles de que «Él está vivo». Pero este testimonio parece no tener mucho peso para los dos discípulos o, en todo caso, no tiene la fuerza suficiente para hacer renacer su esperanza. Ellos lo buscan a Él, su cuerpo vivo, quieren volver a ver a Jesús 'en carne y hueso': ninguna otra visión, aunque sea la de la tumba vacía, puede satisfacer su deseo.

Pero el ausente que obsesiona a los dos discípulos es la persona misma que camina a su lado. Sin embargo, entre los dos viandantes y este «forastero» que, único entre todos, no conoce los hechos de aquellos días, se interpone lo que el relato mismo llama 'ceguera'. En el otro relato, el hecho por Jesús (vv. 25-27), la misma historia se ve bajo una luz totalmente distinta: es sí una historia de sufrimientos y humillación, pero la mención de la «gloria» la orienta en otra dirección. Además, Jesús habla de sí mismo presentándose como «el Cristo», el Mesías del que hablaban los profetas.

Esta otra versión de la historia se hace a partir de un largo 'giro' que el desconocido caminante hace realizar a los dos discípulos a través de «todas las Escrituras». Pero la desesperanza permanece, porque los discípulos todavía no logran reconocer a Jesús. ¿Qué nubla su visión? Es interesante aquí notar que Jesús llama la atención a sus compañeros de viaje de modo fuerte y decidido («Necios y lentos de corazón...») no tanto por su incapacidad para reconocerlo, cuanto por su incapacidad para comprender las Escrituras (¡«...a creer a todo lo que han dicho los profetas!»). Su ceguera tiene su origen ante todo en una falta de fe, en una incapacidad de escuchar la palabra profética. Ellos todavía no saben cuál es la llave que 'abre' las Escrituras... El reproche de Jesús se dirige también a nosotros, que vivimos la espiritualidad de la FLC; también nosotros debemos reavivar la familiaridad con las Escrituras y descubrirlas como el camino para dar sentido a nuestras vidas y a nuestro compromiso pastoral.

¡Que el Resucitado nos guíe y nos acompañe!

### **Del Evangelio según San Lucas (24, 13-35)**

Ese mismo día, dos de ellos iban de camino a una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalén unos diez kilómetros. Iban hablando de todo lo que había sucedido, y mientras hablaban y discutían entre sí,



Jesús mismo se acercó y los iba acompañando. Pero ellos no lo reconocieron, y es que parecían tener vendados los ojos. Se veían tan tristes que Jesús les preguntó: «¿De qué tanto hablan ustedes?» Uno de ellos, que se llamaba Cleofas, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha sucedido en estos días?» «¿Y qué ha sucedido?», preguntó Jesús. Y ellos le respondieron: «Lo de Jesús de Nazaret, que ante Dios y ante todo el pueblo era un profeta poderoso en hechos y en palabra. Pero los principales sacerdotes y nuestros gobernantes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros teníamos la esperanza de que él habría de redimir a Israel. Sin embargo, ya van tres días de que todo esto pasó. Aunque también nos han dejado asombrados algunas mujeres de entre nosotros, que fueron al sepulcro antes de que amaneciera. Como no hallaron el cuerpo, han venido a decirnos que tuvieron una visión, en la que unos ángeles les dijeron que él vive. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro, y encontraron todo tal y como las mujeres lo dijeron, pero a él no lo vieron.» Entonces Jesús les dijo: «¡Ay, insensatos! ¡Cómo es lento su corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿Acaso no era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, antes de entrar en su gloria?» Y partiendo de Moisés, y siguiendo por todos los profetas, comenzó a explicarles todos los pasajes de las Escrituras que hablaban de él. Cuando llegaron a la aldea adonde iban, Jesús hizo como que iba a seguir adelante, pero ellos lo obligaron a quedarse. Le dijeron: «Quédate con nosotros, porque ya es tarde, y es casi de noche.» Y Jesús entró y se quedó con ellos. Mientras estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan y lo bendijo; luego lo partió y les dio a ellos. En ese momento se les abrieron los ojos, y lo reconocieron; pero él desapareció de su vista. Y se decían el uno al otro: «¿Acaso no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» En ese mismo instante se levantaron y volvieron a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos, los cuales decían: «¡En verdad el Señor ha resucitado, y se le ha aparecido a Simón!» Los dos, por su parte, les contaron lo que les había sucedido en el camino, y cómo lo habían reconocido al partir el pan.



# La sinodalidad es el mejor camino para afrontar la crisis

*www.cavanis.org (31.03.23) -*

*P. Diego Spadotto, CSCJ*

La vida religiosa Cavanis vive en un mundo opaco, en el que la distinción entre gozosa fidelidad al Evangelio y mediocridad desvanecida con demasiada frecuencia es una ilusión prospectiva. Nos gloriamos del pasado al continuar viviendo un presente contradictorio. El desafío es navegar por este mar opaco, tratando de ordenar las muchas contradicciones que nos envuelven como olas amenazantes. La ruta de navegación no se funda en certezas sino en la capacidad de dar cuenta de nuestras opciones cotidianas, en camino sinodal y "unidad de propósitos", en el estilo creíble de vida consagrada y en la vivencia auténtica del carisma. La sinodalidad es una llamada de Dios y al escucharla debemos tener una actitud de gratitud. Es verdaderamente una bendición. Se trata de responder a la voluntad de Dios en la Iglesia del tercer milenio, reconstruyendo pacientemente la pastoral juvenil en sinodalidad. Es un camino de *kenosis*, donde es necesario hacer espacio al Evangelio en un camino de verdadera conversión y transformación. El discernimiento sinodal consiste en escuchar al Espíritu en nosotros y en los demás, como un don con una actitud de gratitud. La sinodalidad es un camino creativo. Cuanto más logramos discernir la sinodalidad como un don del Señor, más creativos seremos al descubrir nuevas formas de vivir nuestra consagración a los jóvenes, cuáles son las situaciones más urgentes a afrontar, las prioridades a seleccionar y las lagunas de espiritualidad a llenar.

Es un trabajo intenso y no fácil; es importante tener una metodología para llegar luego a decisiones sabias y valientes, a la escucha del Espíritu. Si la vida religiosa sinodal se detiene, sucede como un río que

llega a una barrera: se transforma inevitablemente en un pantano o un pantano. Orígenes, en el siglo III de la historia de la Iglesia, observaba que no basta «ser renovados una sola vez; es necesario renovar la misma novedad». El Espíritu es, por su naturaleza, novedad. El mundo, la sociedad no se han detenido, sino que han sufrido una aceleración vertiginosa. Los cambios que una vez ocurrieron en un siglo o dos, hoy ocurren en una década. Esta necesidad de renovación continua no es otra que la necesidad de conversión continua, extendida a cada religioso y a la Congregación, en su dimensión humana e histórica. El verdadero problema no está en las novedades, sino más bien en el modo de afrontarlas en sinodalidad. No fue un camino recto y sin contratiempos, ni siquiera el de la Iglesia naciente. La decisión tomada por los apóstoles de acoger a los paganos en la comunidad, se resuelve con estas extraordinarias palabras: "Ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros" (Hch 15, 28)». Es la sinodalidad. Frente a los acontecimientos, a las realidades políticas, sociales y eclesiales, nos vemos obligados a tomar partido de inmediato y demonizar a la adversa, a desear el triunfo de nuestra elección sobre la de los adversarios. Al igual que cuando estalla una guerra, cada uno le pide al mismo Dios que dé la victoria a sus ejércitos y destruya a los del enemigo. El Papa Francisco, por el contrario, exhorta a seguir al Espíritu en libertad y sinodalidad, el Espíritu no debe ser enjaulado con un exceso de reglas, debe ponerse de relieve el primado del amor de Dios, la dulzura de su Paternidad y la atención al mundo que cambia. Así lo hicieron los Fundadores ante los profundos cambios que la decadencia y la caída de la República de Venecia habían provocado. La sinodalidad es "esa actitud de la vida consagrada, que crece en el silencio, en la oración, en la caridad, en el servicio, en la escucha del Espíritu".